

Gustavo Vega, *Reflexión. Instantes de cristal*, edición bilingüe con prólogo y traducción al italiano de Giuseppe Napolitano, Gaeta, Voci del Mediterraneo, 2007, 40 pp.

El pequeño opúsculo que aquí comentamos es una sucinta, pero interesante, muestra del quehacer literario de su autor, Gustavo Vega (León, 1948), creador y estudioso de la poesía visual afincado en Barcelona desde 1972. Esta obrilla forma parte de una pequeña colección (*La stanza del poeta*) de tirada limitada que el vate italiano Giuseppe Napolitano (Minturno, 1949) viene editando desde la primavera de 2005, año en que se cumplieron treinta y cinco años de la salida a la luz de su primer libro de versos, *Momenti*.

Junto al texto de Gustavo Vega y las traducciones de Napolitano encontramos una breve nota introductoria del propio autor italiano en la que lamenta las dificultades de traducción que presenta toda obra poética (aun tratándose, como en este caso, de lenguas tan próximas), al tiempo que ensalza las virtudes de un poeta capaz de expresarse no sólo a través de la palabra, sino también de la plasticidad que en ésta es capaz de intuir. Además alude a lo que supone el placer de escuchar al propio Gustavo Vega como un acercamiento más pleno a la sonoridad especial de su poesía y al sentido completo de su obra. Una obra de la que, insistimos, se ofrece aquí una muestra muy breve (apenas dos núcleos poemáticos), pero suficientemente útil para intuir su amplio alcance y la perfecta conjunción en ella de múltiples elementos en apariencia dispares, tanto de naturaleza plástica, como filosófica y poética. Una obra, en fin, en la que la reflexión sobre la propia naturaleza del lenguaje, su individuación como vehículo máximo de expresión, así como el papel delimitador del silencio resultan toda una constante, tal y como vemos, tanto en su actividad al frente del grupo *Ex.Tensión Fonética* y del *Laboratorio de Investigaciones Poético-Fonéticas*, como en algunos de los libros más destacados que configuran su trayecto artístico, *Habitando Transparencias* (1982), *El placer de ser* (1997), *Prólogo para un silencio* (2001), *La frontera del infinito –método minimomaximalista–* (2005).

Aunque los dos grupos poemáticos que componen la breve muestra ofrecida aquí no puedan englobarse entre sus creaciones más radicales y rupturistas (de su poesía visual se ofrecen dos pequeñas muestras al final del opúsculo), sí se percibe en ellos ese gusto por jugar con las palabras y su presencia sobre el papel. Junto a ello palpitan las omnipresentes indagaciones sobre su valor fónico y, al mismo tiempo, sobre su belleza plástica observada en la original disposición de los textos en la que la naturaleza abrupta de los encabalgamientos adquiere, junto a la intensidad que les es propia, un valor constructivo radical.

Así, en el primer grupo poemático, “Reflexión”, el poeta juega con viejas metáforas para tratar de hallar el valor simbólico del silencio tan presente en algunos de sus libros citados. De este modo su pensamiento discurre acerca de la pasión como fuego vivificador y la brevedad de la vida huidiza, que, además, es vista como sueño o como camino hacia lo inevitable. La reflexión se encadena en breves secuencias, en agrupaciones versales cohesionadas no sólo por su naturaleza significativa, sino también por su mismo y evidente valor fónico,

pues en el momento más alto de tensión poética los vocablos fluyen, alcanzando una libertad que permite al ingenio del poeta encadenar conceptos dispares, en apariencia no asociados directamente entre sí: “y ya no te preocuparías / tanto / de tanta tiranía sin ternura, / tenaz, tristeza, / tenia, / talonario, / todavía...”. La creación se convierte ahora en una realidad omnívora y paralela, pero también autónoma desde su misma configuración en el papel, lo que no evita que la conclusión obtenida tras la reflexión, al conducir al vacío, resulta demoledora: “y / no añorarías / ya / nad / a, // nad / a”. En esa unión en el poema de la presencia y la ausencia corporales, del todo y la nada, representada significativamente a través de los vacíos textuales, se intuye la inclinación hacia la poética del silencio que se ha ido perfilando como una de las constantes de su producción.

Mientras el primer grupo poético se resuelve en lo que podríamos denominar un único poema, el segundo, “Instante(s) de cristal”, se compone de entidades sueltas, pequeñas agrupaciones de tres versos cada una, cuya escueta estructura, así como su alto grado de concreción, recuerdan enormemente a los haikús de origen japonés. Aquí el enlazamiento entre unas y otras no es más que su propia disposición en el papel y la gravitación en torno a una serie de conceptos, casi siempre comunes, que afloran de la lectura. En ellos se muestra, a través de un análisis metaliterario, una visión de la poesía en la que se aúna pensamiento y sensación, reflexión y emoción, intelecto y sentimiento para forjar esos “instantes de cristal” cuya levedad y fragilidad se hacen siempre evidentes. Para Vega el arte poético no es sino un “absurdo empeño, ser / un nombre para / el olvido”. Su misma levedad, así como la del tiempo y la de la propia vida se plasman en la recurrencia a imágenes originales y certeras, como ese sol que inicia el día ya moribundo, como esa nada que muestra “sus oscuras fauces / ya de mañana”, recordando al hombre su finitud y poquedad, recuerdo incrementado por ese huir del instante que avanza más rápido que las agujas del reloj. Pero no será ese el único tema, pues un gran número de imágenes remite a muchos otros de carácter filosófico (la soledad, el silencio, el vacío existencial...) en los que se percibe una videncia de naturaleza onírica y claramente surreal que está muy presente en el conjunto de su producción, como ese pez que atraviesa la luna o como ese pájaro que “rasgó el cielo hacia / el infinito”. La perversión del discurso que esas imágenes produce crea un sutil juego de referencias que enlaza con el valor de las palabras, pues el poeta las maneja con soltura, las acaricia creando nuevas asociaciones ilógicas a base de desplazamientos conceptuales que terminan provocando que la mirada desconcertada de su propia voz poética poco a poco se contagie al lector, quien, en su asombro, comulga plenamente con el vate al percibir como “grazna la luna / desde la afilada rama / del cuervo”. Sobre todo ello, se alza con evidente magnitud, a través de los bruscos contrastes y las frecuentes antítesis (“En silencio / una flor se abre paso / entre el estiércol”), de nuevo la recurrencia al valor metafórico del silencio, el vacío, la ausencia y la nada que, poco a poco, van dominando los sentimientos del poeta como un camino sin retorno.

Sin embargo, tras la lectura de estos versos, resulta casi imposible no vislumbrar que todas esas referencias a la soledad del hombre (“Soledad. /

Mirar por la ventana y tan sólo / ver los propios fantasmas”), a la llegada de las sombras, frente a la luz (de nuevo el protagonismo de las antítesis) y que son sinónimo del acabamiento final, tendrán que enfrentarse a un fortalecido deseo de aferrar la vida o, al menos, de mostrarla, de un modo irreductible, siempre a través de la poesía: “Quién pudiera / nadar hundido en un mar / de estrellas // Para agujerear / con luz tanta oscuridad, / tres versos”.

Mario Paz González